

juntamente con el hombre, y por un admirable y nuevo modo de concurso, se conoce y ama, de manera que el conocimiento y amor sobrenatural sean actos como de un principio conjunto, divino y humano, no ciertamente por unión hipostática, que sería un grave error imaginarlo, sino por unión meramente accidental.

8. Vida es ésta singularmente misteriosa ó mística, como *escondida* que está *con Cristo en Dios*<sup>1</sup>. Llega el Apóstol hasta llamarla muerte, cuando dice á los colosenses: *Muertos estáis*<sup>2</sup>, porque, viviendo en hecho de verdad y con una vida celestial y divina, parece que estuvieran muertos para el mundo y las criaturas. Tienen nombre de muertos, y nadie está más vivo; bien al revés de lo que pasa á los que viven solamente con la vida del sentido, á quienes pueden aplicarse las palabras del Apocalipsis: *Tienes nombre de vivo y estás muerto*<sup>3</sup>. El mismo Jesucristo había dicho: *El que quisiere poner á salvo su vida, preciso es que la pierda*<sup>4</sup>, ya sea por la muerte real y efectiva, cuando el deber lo exija, ya á lo menos por la mortificación. Aun más, dice el Apóstol, es menester estar crucificado para ser de Cristo y estar vivificado por Él, crucificado en la carne con sus vicios y concupiscencias<sup>5</sup>. ¿Qué quiere decir todo esto, hermanos míos, sino que el desarrollo de esta vitalidad divina, como tan poderoso, no puede menos de debilitar y aun casi extinguir esa otra vitalidad viciosa, esa energía para el mal y aun para los bienes de inferior calidad, energía incompatible con alientos vitales de índole tan elevada? ¿No semejan hombres muertos esos seres admirables á quienes Dios eleva milagrosamente sobre

<sup>1</sup> Col. 3, 3.<sup>2</sup> Ibid.<sup>3</sup> Apoc. 3, 1.<sup>4</sup> Luc. 9, 24.<sup>5</sup> Gal. 5, 24.

sí mismos en el raptó de la contemplación? *Sentaráselo solo y callará y levantaráse á sí sobre sí*, como dijo Jeremías<sup>1</sup>. ¡Oh maravillosa unión que produce inmovilidad, silencio, suspensión de potencias y sentidos, muerte mística, vida verdadera!<sup>2</sup> ¡Dichoso silencio, en que habla Dios, y el hombre calla, ó, si éste habla, es con sólo Dios! ¡Dichosa suspensión, que suspende la acción del cuerpo para que obre solamente el espíritu, y dichosa elevación, en que sale de sí el espíritu humano para levantarse á la unión con el divino!

9. Además, esa vida sobrenatural, como informada del espíritu de Dios que la produce, fomenta y robustece<sup>3</sup>, participa también del carácter de lo espiritual, tiene mucho de invisible en sí misma, y por más que sus manifestaciones en lo exterior sean á veces deslumbrantes, como la transfiguración de Cristo en el Tabor, lo normal y ordinario es que se oculte á los sentidos, resultando de ahí esa nota de *interioridad* ó intimidad tan propia de la vida sobrenatural, esa apariencia de muerte que no es sino el grande y profundo misterio de la vida. De ahí también, que el ciego y desatentado mundo no conozca esa vida, ni apenas pare mientes en los que la poseen ¡Pobre mundo<sup>4</sup>, que vive de aturdirse con acontecimientos más ó menos ruidosos, deslumbrado con figuras más ó menos abultadas y brillantes, mientras que la vida sobrenatural se desliza suavemente, en el mayor número de almas, como el manso y escondido arroyuelo, en el silencio del espíritu y en la soledad del retiro! Para el mundo los vivos están muertos; y los muertos, vivos. *Para mí*, decía San Pablo,

<sup>1</sup> Thren. 3, 28.<sup>2</sup> *La Puente*, Guía espir. t. II, tr. 3, cap. 9.<sup>3</sup> Rom. 8, 14.<sup>4</sup> Matth. 18, 7.

*el mundo está crucificado, y yo lo estoy para él*<sup>1</sup>. Así debía de sentirlo aquella alma noble y vigorosa que exclamaba santamente enajenada: *Vivo sin vivir... Muero porque no muero*<sup>2</sup>. Y ahí tenéis, por último, otro género de muerte que acompaña á esta vida, que, por más dichosa que sea, todavía no es perfecta, no es la vida plenaria de la eternidad, y por eso se abrasa y consume en deseos de vida eterna... *Decid á mi Amado que desfallezco de amor*<sup>3</sup>. ¡Oh muerte más preciosa que mil vidas!

## II.

10. Pasemos ya á considerar á Jesucristo en la Eucaristía como abundoso y límpido manantial de esta vida sobrenatural excelentísima. Ciertamente, es preciso comer la carne y beber la sangre del Hijo del hombre para tener la vida eterna dentro de nosotros<sup>4</sup>, aquella vida del espíritu que obrará la resurrección de la carne en el día novísimo. Así lo aseguraba el mismo Cristo, al prometer á sus discípulos la institución de este admirable Sacramento. Y no puede ser de otra manera si consideramos que sólo Dios es la fuente de esta vida, y Jesucristo, Hombre-Dios, es el único que puede transmitirnosla.

11. La plenitud de la vida sobrenatural ¿en dónde se ha de encontrar sino en Dios? ¿Por ventura es otra cosa esa vida que una participación de la divina? Véase y medítese, no sin asombro, el capítulo primero del Evangelio de San Juan. *El Verbo estaba en el principio, estaba dentro de Dios, era Dios mismo*<sup>5</sup>. Siendo, pues,

<sup>1</sup> Gal. 6, 4.<sup>2</sup> Santa Teresa.<sup>3</sup> Cant. 5, 8.<sup>4</sup> Io. 6, 54.<sup>5</sup> In principio erat Verbum etc. (Io. 1, 1 sqq.).

Dios vida sustancial y esencialmente, la vida estaba en el Verbo: *En Él estaba la vida*. Pero, empezad á admirar, hermanos míos, el misterio de la bondad divina. Esta vida parecía destinada á difundirse, fuera de Dios, á manera de luz, entre los hombres; mas ¡ay! que las tinieblas, como un espeso velo, envolvían al hombre, y la luz estaba como oprimida por el peso de aquellas tinieblas de la propia naturaleza humana, ciega para las cosas divinas; tinieblas del pecado, más densas todavía, no dejaban ver la luz<sup>1</sup>. Mas, he aquí que *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*, y... como efecto de este hecho portentoso, *vidimus, vimos*: disipadas las tinieblas por la presencia corporal de Dios en la tierra, la Vida se nos manifestó<sup>2</sup>, y se nos comunicó también, y también nosotros *vivimos* desde entonces. *Yo vine á darles vida*<sup>3</sup>. Tal fué el efecto de la Encarnación.

12. Mas ¿cómo pudo inocularse en el hombre la vida de Dios? He aquí de qué manera: por generación divina, y de ella fué autor el Verbo engendrado en el seno de la Virgen, el Verbo hecho hombre. Así lo reconoce la Iglesia, celebrando festiva el nacimiento del Señor<sup>4</sup>. En su generación temporal está el secreto de nuestra regeneración eterna. Naciendo Él de María, hemos nacido nosotros de Dios. *Tomando cuerpo humano, nos ha dado su divinidad*<sup>5</sup>. Desde luego la Encarnación, el hecho de un Dios-Hombre, nos ha revelado la posibilidad y la realidad de esa comunión de vidas, divina y humana, en un sólo sujeto; y ése hombre, aunque

<sup>1</sup> Et lux in tenebris lucet, et tenebræ eam non comprehenderunt (1 Io. 1, 5).<sup>2</sup> Ioh. 1, 2.<sup>3</sup> Io. 10, 10.<sup>4</sup> Divinæ nobis generationis est auctor — in die Nat. Domini.<sup>5</sup> Eccl. in offic. circumcis. Domini.

no persona humana. Vemos á Jesús en el pesebre de Belén, y no podemos dejar de reconocer en aquel Niño recién nacido y que tiritaba de frío, la plenitud de la divinidad, los atributos de la divinidad, la vida de Dios en todo su vigor<sup>1</sup>. Si la vida es la operación, ese Niño dice: *Mi Padre obra sin descanso, y yo obro con Él*<sup>2</sup>; tiene, pues, la misma vida que su Padre, posee la plenitud de la vida. De esa plenitud hemos participado nosotros<sup>3</sup>, y de ella, como de océano infinito, son capaces de participar todos los hombres de todos los siglos, y los mismos ángeles y todas las criaturas posibles. Cristo es *el padre del futuro siglo*<sup>4</sup>, verdadero Abrahán, *tronco de muchas naciones*<sup>5</sup>, ¿qué digo? nuevo Adán, figurado por el primero, *padre de todos los vivientes*<sup>6</sup>. En efecto, toda plenitud tiende á desbordarse, á rebosar fuera de sí; y, por tanto, poseyendo Jesucristo la plenitud de la vida divina, no podía menos de comunicar esa vida á cuantos fuesen capaces de recibirla: *Dió poder de hacerse hijos de Dios á cuantos le recibieron*<sup>7</sup>; y claro es que el poder de ser hijos de Dios vale tanto como el derecho de adquirir vida divina. ¿Cuál es, empero, la condición esencial y necesaria para la adquisición de ese derecho? No otra que *recibirle*. Y ved aquí, mis amados oyentes, por qué en la Eucaristía se comunica, en modo superabundante, la vida sobrenatural<sup>8</sup>.

13. Porque, á la verdad, en la sagrada comunión del cuerpo y sangre del Señor, donde se le recibe del modo más perfecto: *¡Oh sagrado convite en el cual se recibe á Cristo*<sup>9</sup>. Puede recibirse á Cristo en la persona

<sup>1</sup> I Io. 5, 11.

<sup>2</sup> Io. 5, 17.

<sup>3</sup> Ibid. 1, 16.

<sup>4</sup> Is. 9, 6.

<sup>5</sup> Gen. 17, 4—5.

<sup>6</sup> Cfr. Gen. 3, 20.

<sup>7</sup> Io. 1, 12.

<sup>8</sup> et abundantius habeant (Io. 10, 10).

<sup>9</sup> Eccl. in offic. SS. Sacram.

de sus representantes y enviados, y él se dará por bien servido<sup>1</sup>; puede recibírsele en su propia persona, aceptando su doctrina y acatando sus mandatos<sup>2</sup>, y la salvación eterna podrá quedar asegurada; puede aún recibírsele en espíritu, viviendo de su gracia como de un alimento celestial de vida eterna. Pero lo primero no produciría sino una unión moral; lo segundo, una unión real, es verdad, pero no personal; lo tercero, una unión física, y personal también<sup>3</sup>, pero todavía incompleta; y por ninguna manera de éstas se recibiría á todo Cristo. Queda otro género de unión, física, personal y perfecta, y es aquélla por la cual el hombre todo entero se une á Cristo todo entero, incorporándose en Él y hasta identificándose con Él por inefable manera. ¿No es esto recibir á Cristo perfectísimamente? Y ¿cómo no ha de ser, por lo mismo, participar de lleno de la vida sobrenatural? Reflejo de la Encarnación, la Eucaristía es una especie de Encarnación nueva, por la cual el Verbo hecho carne se une, si no hipostáticamente (que esto no podía ser), á lo menos real y verdaderamente con todos los que reciben el Sacramento de su cuerpo y sangre. Para traer la vida al mundo<sup>4</sup> fué preciso que el Verbo se uniese *hipostáticamente* con una sola naturaleza humana individual; para difundir esa misma vida ideó la Sabiduría eterna unirse *sacramentalmente* con tantas naturalezas individuales como personas humanas le reciben por alimento. He ahí la explicación de aquellas palabras del Salvador: *Yo vine al mundo para que tengan vida, y la tengan superabundante y rica*. Todo respira

<sup>1</sup> Matth. 18, 5.

<sup>2</sup> Iac. 1, 21. Luc. 8, 3.

<sup>3</sup> *Personal* no se toma aquí en sentido de *hipostática*: significa solamente que se recibe á Cristo *en persona*.

<sup>4</sup> Io. 6, 33.

riqueza y abundancia en este banquete regio de la sagrada Eucaristía: riqueza en el modo de comunicarse la vida de Cristo, y abundancia en el número ilimitado de los convidados á participar de la vida.

14. Oíd todavía, amados fieles, otra afirmación del mismo Cristo, á cuya consideración el alma no puede menos de quedar atónita y deslumbrada. *Así como me envió mi Padre que vive, y yo vivo por mi Padre, así también el que me come, vivirá por mí*<sup>1</sup>. Esto es: el Padre vive por sí; yo vivo por el Padre; el que comulga vive por mí. ¿No aparecen aquí identificadas las tres vidas? ¿No resalta la Eucaristía como fuente y manantial de la vida de Cristo, que no es sino la vida de Dios? No creo sean menester comentarios para reconocer esta verdad consoladora. Sin embargo, observad la semejanza evidente que media entre la vida eucarística de Jesucristo y aquella vida sobrenatural del justo, cuyos caracteres hemos descrito en la primera parte.

15. ¡Vida eucarística! No puede darse cosa más sublime, siendo vida de perpetua adoración de Dios por Dios. Allí, mediante los homenajes que Jesús tributa al Padre Eterno, únicos dignos de la majestad infinita, únicos que se pueden equiparar á la grandeza de sus dones, Dios es glorificado sobre la tierra tanto como en el mismo cielo. Para Jesús la vida en el Sacramento de su amor es vida de bienaventuranza, porque no cesa un instante de ver á Dios con visión beatificante; y lo es de caridad excelentísima para con los hombres, á quienes se da totalmente en alma y cuerpo, renovando incesantemente el holocausto del Calvario. De ahí que esa vida, tan gloriosa en sí, aunque de aparente humillación,

<sup>1</sup> Io. 6, 58.

sea asimismo tan fecunda en bendiciones para la Iglesia, como principio que es de toda gracia, de donde se derivan originariamente la justificación del pecador y la santificación del justo. Es vida verdaderamente sobrenatural, porque para ella es preciso que obre Dios según su omnipotencia, acumulando milagros, aunque para eso sea necesario suspender el curso de las leyes naturales. Es sin duda, según Santo Tomás<sup>1</sup>, el mayor de cuantos milagros ha obrado el mismo Cristo. Ni es la menor maravilla que allí se efectúa el que sea aquella una vida semejante á muerte, vida de incruenta inmólación. Allí el mundo no da muestras de reconocer á su Salvador, á su Dios<sup>2</sup>; por el contrario le blasfema, le ultraja, le cubre de desprecios... ¿No indican todas estas analogías, á la ligera consignadas, la relación de causalidad que liga con la Eucaristía la vida sobrenatural?

16. ¿Quién es, pues, el hombre que quiere la vida? clamaré con el profeta<sup>3</sup>; ó mejor: ¿quién hay que no la busque con afán? Vuelva sus ojos abiertos á la adorable Eucaristía, y vea el raudal de vida eterna que salta del altar. ¡He ahí la fuente de vida feliz, interminable, abierta en la roca firmísima que es Cristo!<sup>4</sup> ¡Ah! ¡la vida temporal es tan frágil, deleznable y repleta de miserias! ¡La vida de Jesucristo es tan firme, tan sublime y, después de todo, es la única inmortal! ¡Dichoso el que sabe apropiársela! ¡Desgraciado el que no vive la vida de Dios con Jesucristo!<sup>5</sup> ¡Sea, pues, la nuestra sobria, justa y piadosa<sup>6</sup>, como la describe el Apóstol, tal que pueda asegurarnos la vida eternamente feliz y duradera!

<sup>1</sup> In opusc. 57.

<sup>2</sup> Io. 1, 10.

<sup>3</sup> Ps. 33, 13.

<sup>4</sup> I Cor. 10, 4.

<sup>5</sup> Col. 3, 3.

<sup>6</sup> Tit. 2, 12.